

## SEGUNDO LUGAR

# PROMESAS DE LA MAJA

por Jorge Salmón

Para Eugenia Revueltas

El frío avanzaba como cuchilla y hacía más lento el paso de las horas. No había llanto: su presencia de gallina no hacía muy notable la ventana por donde miraba. Miraba como quien espera el paso del cartero. Miraba y por debajo de su abrigo acariciaba la llave de la puerta del pequeño cuarto (que no estaba iluminado totalmente, haciendo menos presente la presencia de la silla mecedora del lado de la ventana).

La soledad se clavaba como daga y apretaba las piernas. Cayó la llave tan acariciada produciendo un sonido opaco y denso que la ensimismó más y pensó en la muerte: primero pálida como luna desencajada, se miró largamente las manos y oprimió su rostro, desde un acariciadero generoso hasta terminar rabiosamente clavándose las uñas (jadeando como toro) y la sangre resbalaba tibia y espesa. Grasosa, pegajosa y después quebradiza como pequeños cristales. Y después ese olor a ropa mojada.

Se miraba las manos manchadas de sangre y respiraba profundo. Su corazón de abeja se aceleraba y lo imaginó como a una paloma tendida al vuelo, sin más remedio que el mar; la inmensidad del mar y su paloma-gaviota.

Estaba y no estaba: meciéndose en la silla. El baúl, la mesita de centro, su ropero y el catre de latón, no los miraba; los sentía como a enormes moluscos y pólipos viscosos colorados jadeantes y milenarios que se movían escuálidos sustituyendo a los objetos presentes en un orden y desorden de sonidos y movimientos grotescos. En la mesa de centro, donde hay varios libros (entre ellos uno del conde Lucanor, ve iniciar una salida de hormigas aglomeradas, infinitas y fervientes: himenópteros iracundos con un barrenar de tejón. Las paredes descarapeladas dejaban ver sus formas famélicas y, sus movimientos lentos la hacían cavilar acerca de las dagas y los cuchillos).

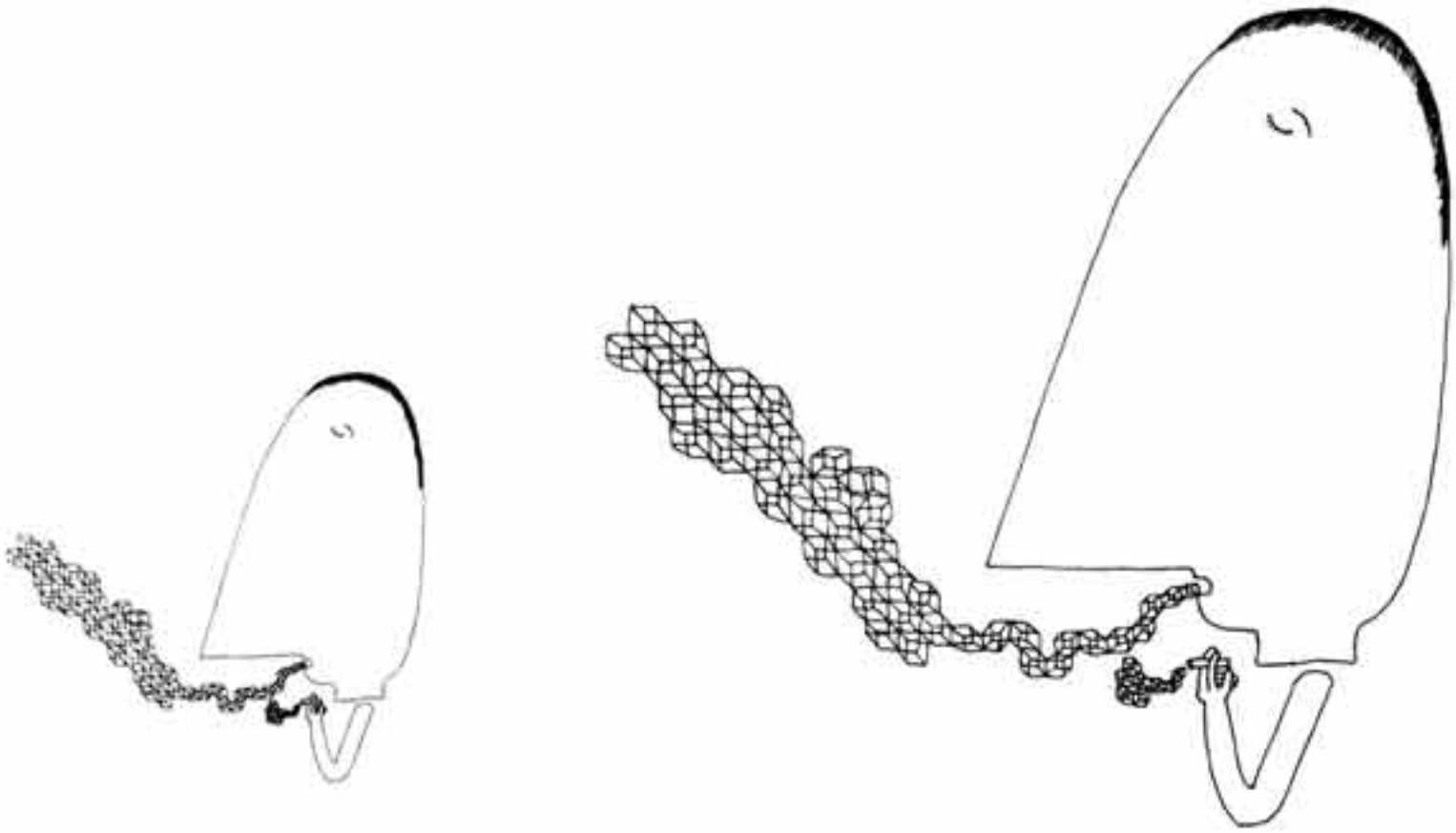
Encima de la cama estaba inmóvil Leoncio, el viejo gato con su mirada de Catoblepas y su cuerpo gatuno/femenino, mirando desprevenido y perezoso. Solamente miraba mirando.

Los moluscos, pólipos y las hormigas coloradas arremetían y se transformaban de hormigas a moluscos y de moluscos a pólipos rondando como tecolotes y volantín de feria.

Gemía poniendo un acento irónico a sus quejidos, imitando los gemidos de los muertos que escuchaba de niña cerca del aljibe en los diarios paseos del jardín de su casa paterna.

Habían pasado largas horas y el frío avanzaba y se dejaba llevar por los acontecimientos.

Las horas pasaban lentas como camellos sacudiendo las patas traseras: aún meciéndose. De un gancho de colgar ropa se descolgaba el traje de él como



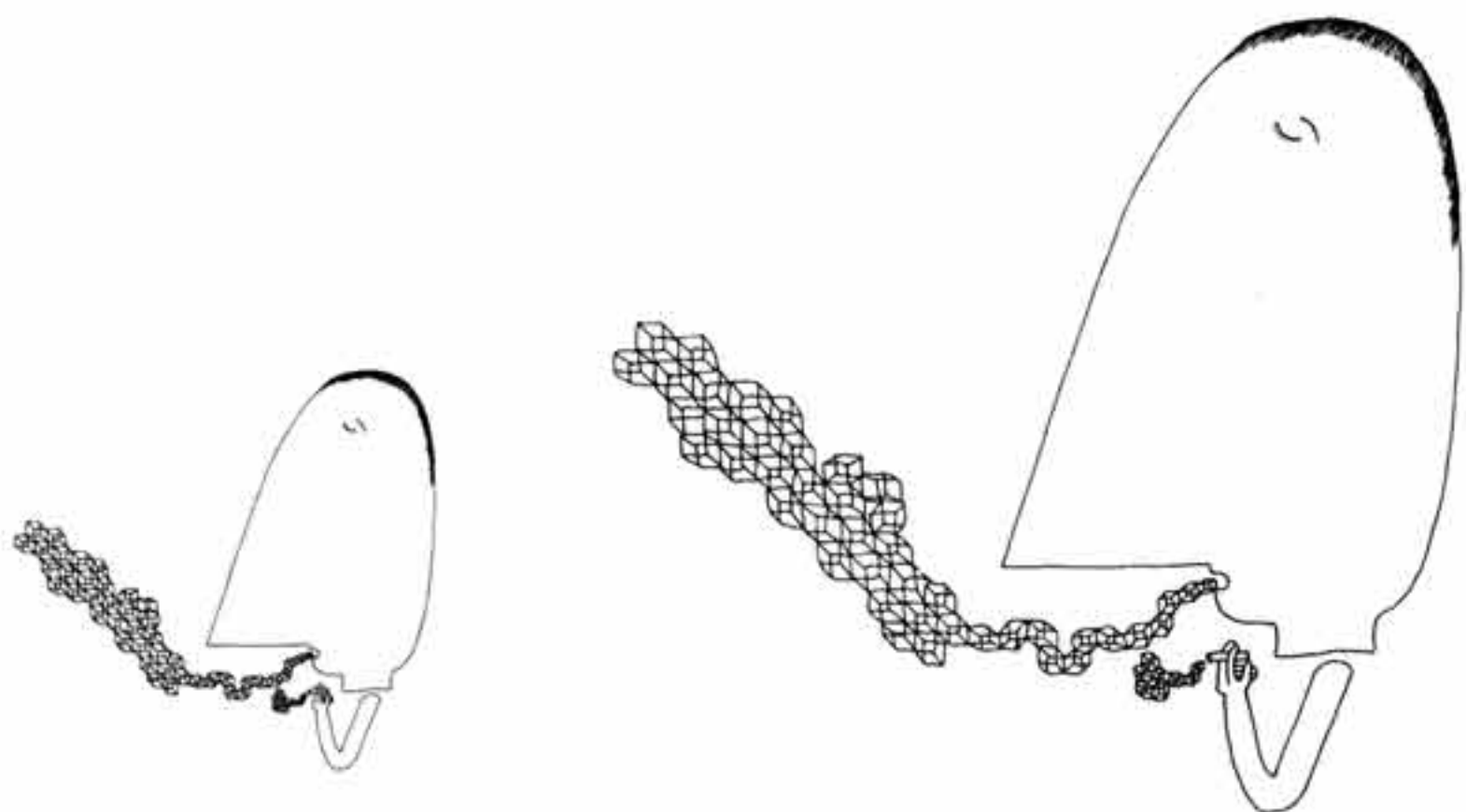
un muerto doblado por la cintura y tapando ligeramente la fotografía amarillenta donde aparecía ella de niña con las demás compañeras uniformadas por primera vez, y que le fue tomada por su padre, según él, para el álbum de la familia: era el segundo día de su ingreso al colegio-internado para señoritas que administraban aquellas monjas capuchinas y, que un día inesperado la desnudaron en el “cuarto de castigo” por haber violado las reglas del colegio y la cintarearon hasta sangrar y los gritos de la superiora que exigía más fuerza en los latigazos y apretaba las piernas. De esto ya ni siguiera se acordaba, a no ser por la vieja fotografía. Y dejó escapar unos lloriqueos sin lágrimas ni mocos.

Y siguió mirando el gancho con la ropa de él y sin explicárselo, recordaba el día de la muerte de su hermana y lloró como lo hizo el día de los funerales, no por el hecho de que fuera hermana de él, que el día del velorio se mostraba parco y tratando de no hacerse muy notorio, pero que dejaba entrever una risita enclenque que trataba de disimular tras las gafas oscuras y, ella, al descubrirlo la invadía un temblorcito que se iniciaba en las corbas y terminaba con un contradictorio llanto eufórico. Al marchar al cementerio mostraba una indulgencia tierna como calabacita y seguía humildemente los rezos del párroco que presidía el cortejo que se hacía acompañar por monjas capuchinas quemando incienso.

Las hormigas convertidas en pólipos o moluscos ya no se hacían tan notorios. Ella seguía gimiendo ¿y la superiora del colegio? ¿Por qué?, se preguntaba, ya habían pasado cinco años y jamás la volvió a ver. Y al recordarlo se sonrojaba, su miradita, el cinto y los gritos: escondía esos recuerdos como con gusto, un gusto que trataba de esconder. “Nadie lo sabrá”, se decía. Todos los muebles del cuarto, cuya función elemental era la de proporcionar descanso al cuerpo y a la vista y al recogimiento, furtivamente se convertían en el punto de partida de aquellos recuerdos de su niñez tan agitada y de vestidos largos y pocas salidas a la calle. Sólo los paseos y el aljibe la hacían sentirse de nuevo con su traje azul y su espléndido cuello rojo circular y bordado de encaje.

La manera fantástica en que esto se había iniciado, iba perdiendo originalidad para ella y los pólipos, hormigas y moluscos: ya formaban parte de esa decoración suspicaz.

De nuevo aparecieron los lloriqueos sin mocos y resecos. Ya acostada se sentía nadar escuálida y gatuna entre las sábanas con olor a cloro y muy bien almidonadas y que tronaban como papel periódico cuando cambiaba de lugar y removía la almohada en un incansable acomodamiento en busca de la postura más cómoda.

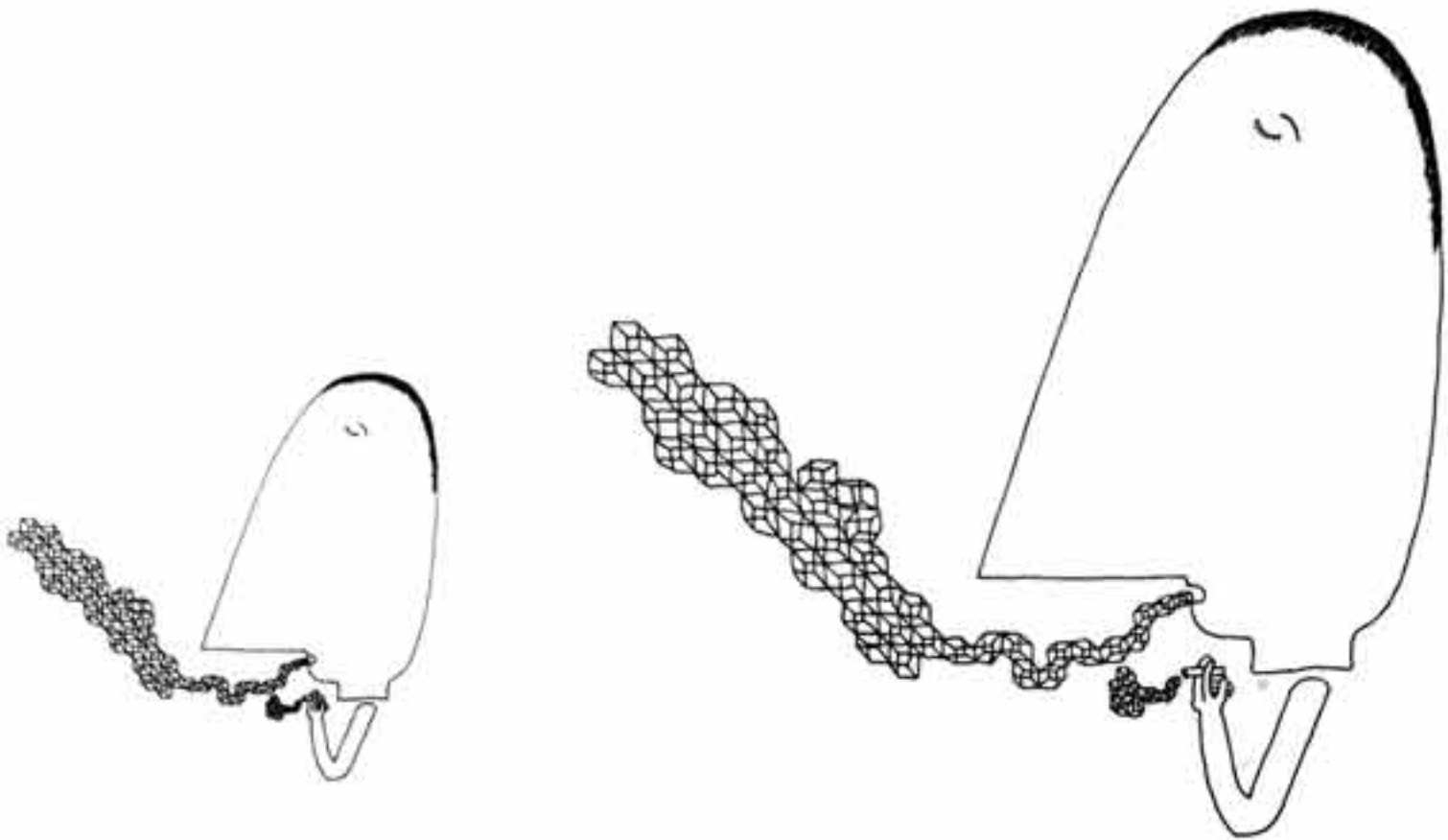


—Tenga muy en cuenta, palabras dichas por la superiora el día que fue expulsada del colegio por “sus desenfrenos sexuales”, la mamá de ella escuchaba atenta, mientras la superiora le acariciaba las trenzas simulando una convicción absoluta mientras terminaba de decir que no era una niña sana. Cinco años habían pasado. La superiora le había entregado una carta de buena conducta asegurándole a la madre de ella que lo hacía con verdadera buena fe y, que eso, le abriría las puertas de cualquier otro internado sin dificultad alguna haciendo en seguida una pausa de dignidad y las despidió dándoles a besar el Cristo que colgaba de su cuello.

Ante el incansable barrenar de las hormigas, que tal vez serían pólipos, o moluscos, seguía mirando la vieja fotografía semi-cubierta por el traje de él. La seguía mirando acariciándose el pubis y sintiendo que la muerte se le recostaba en todo el cuerpo. El traje colgado en la pared, semejante a los santos en bajo relieve y que los había por todos lados en la capilla del colegio; la muerte colgada como traje en el traje de él. Pero no fue en ese momento cuando empezó a gemir, sino cuando, empezó a leer el recado dejado por él cuando ella aún dormía: “Querida mía hoy llegaré tarde, muy tarde. . . no te preocupes. Tienes que perdonarme. Tuyo.” Y empezó a sollozar y a doblar el papelito por las puntas formando un triángulo, doblando otra esquina y formando otro triángulo más pequeño y otra esquinita y otro triángulo hasta casi desaparecerlo freudianamente. Su sollozar espasmódico pasó a ser un leve zumbidito de abejas apenas perceptible y sin nada de llanto.

Siguió recordando a él y su hermana, y a los empleados de la funeraria que casi vitoreaban el cadáver de la joven tan joven y que, además, se había muerto dignamente, según ellos, sin deformar el rostro como otros muertos suelen hacerlo al tratar de esquivar las últimas embestidas de la muerte; que se había entregado como el buen capitán a su barco cuando éste se va a pique; que estaba reluciente y un poco sonrosada y que sus labios parecían estar dispuestos a pronunciar palabras y, que hasta les parecía haberla visto mover los párpados, en fin, que parecía estar conforme con la muerte, y que ellos, se sentían muy honrados a un muerto tan digno y con una pose tan caprichosa. El los escuchaba muy atento y esporádicamente arengaba al cadáver y destapaba el ataúd y besaba su frente tomándola finamente por las mejillas y hablándole al oído, y luego volvía a tapar el ataúd y maldecía que la fueran a enterrar tan pronto.

Ella miraba contrariada el cadáver de aquella muchacha y no alcanzaba a distinguir del amarillo viejo de su rostro el rosado que aseguraban ver los empleados de la funeraria. Le aterraba el pálido cera de los labios y lo profundo y vidrioso de sus ojos reseco dentro de aquel semblante tristísimo aún con rescoldos de maquillaje. No comprendía nada y deseaba fervientemente



que la enterraran pronto, lo más pronto posible, y se retiró del féretro para no verla más.

Seguía mirando: el techo, la ventana, la fotografía, el traje, la mesita en el centro y, emitía unos soniditos guturales casi inhumanos y de vez en cuando unos jadeos caninos: las hormigas coloradas seguían barrenando. Los objetos de la pequeña habitación recobraban esporádicamente su forma original sacudiéndose su contra-forma y ella, seguía en su desdoblamiento en dos, en cuatro, en ocho, en dos en cuatro en dos en una en mitad y, los objetos se disponían en su forma impecable en que fueron dispuestos el día en que él y ella ordenaron el pequeño cuarto entusiasmados el día en que llegaron después de un largo recorrido por hoteles de segunda categoría cargando bultos y valijas y tratando de ahorrar para comprar algunos muebles. La pequeña habitación había quedado como una taza limpia y tenía una semejanza, por la disposición de la cama, la mesita de centro, las sillas, el inmenso baúl y la manera de colgar la ropa en la pared, con la habitación del internado. Lo recordaba conteniendo el llanto. Lo que le parecía estúpido era que él guardaba con gran recelo la fotografía de la hermana muerta y nunca había querido ponerle marco para colgarla en la pared como lo proponía ella y la guardaba entre todas las cosas absurdas que acumulaba en el baúl; en ese calabozo florido de cosas que jamás, según palabras de él, quería volver a sacar y llegó a ponerle hasta tres candados para asegurar una cadena adicional que le había puesto recientemente.

Soltó el llanto como lluvia que arrecia y arrastra con guijarros y cosas insignificantes e insospechadas. En esa ocasión a él no le importó que llorara y sonreía sin siquiera detenerse a consolarla, sonrisa que le resultaba complaciente y con un gesto de desdén hundió la cabeza entre los hombros y parando el grueso cuello de su abrigo y deseó fervientemente abrir el baúl acariciando con infinita ternura la delgada reata de pita manchada de sangre que llevaba en la bolsa de su abrigo.

Las hormigas parecían pólipos. Los moluscos devoraban a las hormigas y éstas a los pólipos que parecían hormigas y se encaminaban con movimientos amenazadores hacia ella. Oprimía fuertemente contra su pecho el recado de él. Desapareció el llanto y los gemidos. Su mirada parecía que no miraba a unos objetos que no eran objetos entre el silencio que dejaban los pólipos, hormigas y moluscos al desmoronarse en residuos de polillas; era como un anticipo de locura. Sus labios se contraían deformándole el rostro. La Maja ya no lloriqueaba ni gemía.

Sus manos quedaron agarradas fuertemente de su *cinturón de castidad* que la había conservado limpia y pura como un día se lo prometió en secreto a la madre superiora del internado para señoritas.